6º D. PASCUA. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 14,15-21.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:
-Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Yo le pediré al Padre que os dé otro Defensor que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo porque no lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis porque vive con vosotros y está con vosotros.
No os dejaré desamparados, volveré. Dentro de poco el mundo no me verá, pero vosotros me veréis, y viviréis, porque yo sigo viviendo. Entonces sabréis que yo estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros. El que acepta mis mandamientos y los guarda, ése, me ama; al que me ama, lo amará mi Padre y yo también lo amaré y me revelaré a él.

ESPÍRITU DE AMOR Y VERDAD

En vísperas de la Ascensión y de Pentecostés el Evangelio de hoy nos hace girar en torno a ese *«personaje desconocido»* que es el *«Espíritu de Jesús»*. Jesús no está físicamente entre nosotros. No le vemos con los ojos del cuerpo, ni su voz la escuchamos con nuestros oídos. Sin embargo los cristianos *«creemos»* que Jesús fue resucitado por el Padre y por tanto vive, aunque su vida pase por la acción de su Espíritu.

El Espíritu de Jesús *«transformó»* a los apóstoles y les hizo llegar a ver y oír de otra manera, con los ojos y los oídos del alma, a pensar con otra mente y a sentir con otro corazón. Ese Espíritu de Jesús obró poderosamente en ellos y se manifestó en *«signos»* palpables a la vista de la gente. Y la ciudad se llenó de alegría a la luz de tales signos.

Y esta es la cuestión fundamental del Evangelio de hoy, la invitación a *«vivir según el Espíritu de Jesús»*. Ser cristiano no es algo que se juegue con la inscripción en los libros de registro eclesiástico, ni por la participación en ritos o ceremonias. Ser cristiano es *«luchar»* por vivir con el Espíritu de Jesús.

Todas las personas *«buscamos el amor»*. Los momentos de amor que nos proporciona la vida son fuente de gran gozo. Pero también es causa de dolor cuando el amor no es correspondido. ¡Qué difícil es amar y que nos amen de verdad! Desgraciadamente, no es el amor una experiencia ordinaria que nos acompaña en nuestras relaciones con los demás.

Y en medio de este sombrío panorama, *«Jesús nos sigue hablando del amor»*. Nos insiste en que, a pesar de todas las experiencias en contrario, el amor es posible, que el amor existe y que además es *«nuestra única vocación»*. Sólo en el amor la vida humana puede ser auténtica. Es tarea de toda la vida, porque el amor, como Dios mismo, no es otra cosa que una *«esperanza»*, una promesa, la *«nueva humanidad»* que confiamos alcanzar en plenitud algún día.

***«Si me amáis, guardaréis mis mandamientos»*, nos dice Jesús en el Evangelio. La vida cristiana no es cuestión de cumplimientos legales, sino de amor. Jesús nunca enumera ni formula los mandamientos. Sus mandamientos sólo hacen referencia al *«mandamiento del amor»*. Un mandamiento que *«debe concretarse en cada momento y circunstancia según las necesidades de la persona»*. El amor quita a los mandamientos cualquier carácter de imposición, pues no son otra cosa que exigencias del amor.**

Cumplir los mandamientos significa seguir el mismo camino de Jesús, un camino al que nos lleva *«espontáneamente»* la fuerza interior del *«Espíritu»*. No se trata de obedecer normas externas, sino de responder con obras a la fe en Jesús.

El Espíritu Santo es el mayor don que Jesús resucitado ha hecho a su Iglesia y a cada uno de sus seguidores, producto de su oración ante el Padre. *«Yo le pediré al Padre que os dé otro Defensor que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la Verdad»*

Es el Espíritu que nos ayuda en nuestro caminar, que vive con nosotros, que está en nosotros y que nos enseña el *«arte de vivir en la verdad»*. Es la *«fuerza interior»* que necesitamos los cristianos para ser *«testigos de Jesús»* a pesar de las contrariedades.

Es ese *«otro Defensor»* que se cita en el Evangelio que continuará de forma misteriosa, la misión del primer Defensor, *«Jesús de Nazaret».*

***«Recibir el Espíritu Santo»* es mucho más que recibir el sacramento de la confirmación, de la misma forma que ser cristiano es mucho más que estar bautizado.**

Recibir el Espíritu Santo es *«lanzarse a vivir la fe»* con todas las exigencias que nos señala el Evangelio y que no pueden limitarse ni a unos libros o catequesis, ni a unos ritos o tradiciones, ni a ningún código.

Lo que configura la vida de un verdadero cristiano no es el ansia de placer, ni la lucha por el éxito, ni la participación en ritos litúrgicos, ni tan siquiera la obediencia estricta a una ley, sino la *«búsqueda gozosa de la verdad de Dios bajo el impulso del Espíritu».*

Cuando se vive esta experiencia del Espíritu se descubre que ser cristiano no es un peso que oprime y atormenta la conciencia, sino la *«liberación»* que nace del *«dejarse guiar por el amor»* del Espíritu que habita en nosotros y nos empuja a vivir el amor con espontaneidad *«renunciando a todo egoísmo».*

La *«verdad de Dios* genera en nosotros un estilo de vida nuevo enfrentado al estilo de vida que surge de la *«mentira y el egoísmo»* del mundo. Un mundo en el que a la mentira se la llama diplomacia, a la explotación negocio, a la irresponsabilidad tolerancia, a la injusticia orden establecido, a la sensualidad amor, a la arbitrariedad libertad, a la falta de respeto sinceridad.

Es preciso *«estar muy atentos»*, pues *«el Espíritu habla en el silencio y en los acontecimientos cotidianos»*. Es un Defensor que no asegura éxitos ni triunfos humanos, como tampoco se los aseguró a Jesús. Es el Espíritu de la Verdad, el que nos dará la *«comprensión sincera y profunda del Evangelio»*. Y para recibir ese Espíritu es necesaria una *«actitud de sinceridad y disponibilidad total»* a una Palabra que exige una *«constante conversión personal»*. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
21 de mayo de 2017